

EL-DILUVIO



Antes de la posesión
empezaron los disgustos.
¿Dirá:— No estoy para sustos
y que otro abra la sesión?

CHARLA INSUSTANCIAL

Según los carlistas, y en esto andan acertados, la revolución con que amenazan los radicales es un cuento chino, y, según los radicales, la guerra civil con que amenazan los carlistas es un cuento tártaro. Todas las revoluciones y todas las guerras civiles se resuelven en un apretón de manos y en un signo de inteligencia cambiado entre los de la oposición y los del Gobierno. Carlistas y lerrouxistas se encuentran muy bien en su actual postura y no hay para que cambiarla por otra.

De vez en cuando se pronuncian en las Cortes unas cuantas frases de esas que el buen gusto va desterrando de todas partes, la galería se ríe y aplaude y se han echado á la popularidad tapas y medias suelas.

Entretanto, los problemas sociales se compli-can y el problema económico se enmaraña y nos vamos internando por un atolladero del que no nos sacarán los chistes, que no siempre son oportunos, ni las frases huecas, que no lo son nunca.

Partidos que nos pongan en camino de salvación no sabremos crear; pero encumbrar ó dejar que se encumbren hombres sin más merecimien-

tos que los que se derivan de su propia audacia, lo sabemos hacer maravillosamente.

Y así tenemos esa cohorte de estadistas, esa pléyades de oradores y esa multitud de sociólogos que hablan para dar de qué reír á los extraños y por qué llorar á los propios.

Cuando hay sesiones de Cortes se coge ávidamente el *Diario* y se busca afanosamente el nombre de los que han hecho pista de circo lo que debiera ser templo de las leyes, y, si no se encuentra, se tira con malhumor el periódico, en el que ya no se encuentra qué leer, fuera de algún crimen horripilante ó de alguna aventura escandalosa.

Los romanos pedían pan y circo; nosotros vemos que nos van cercenando lo primero; pero estamos contentos porque aumentan lo segundo ¡y váyase lo uno por lo otro!

¿Quién se acuerda de los prosaicos garbanzos cuando se puede distraer el apetito leyendo las picardías que le han dicho al Gobierno ó las que han cambiado entre sí unos cuantos diputados que creen que para eso han ido á las Cortes?

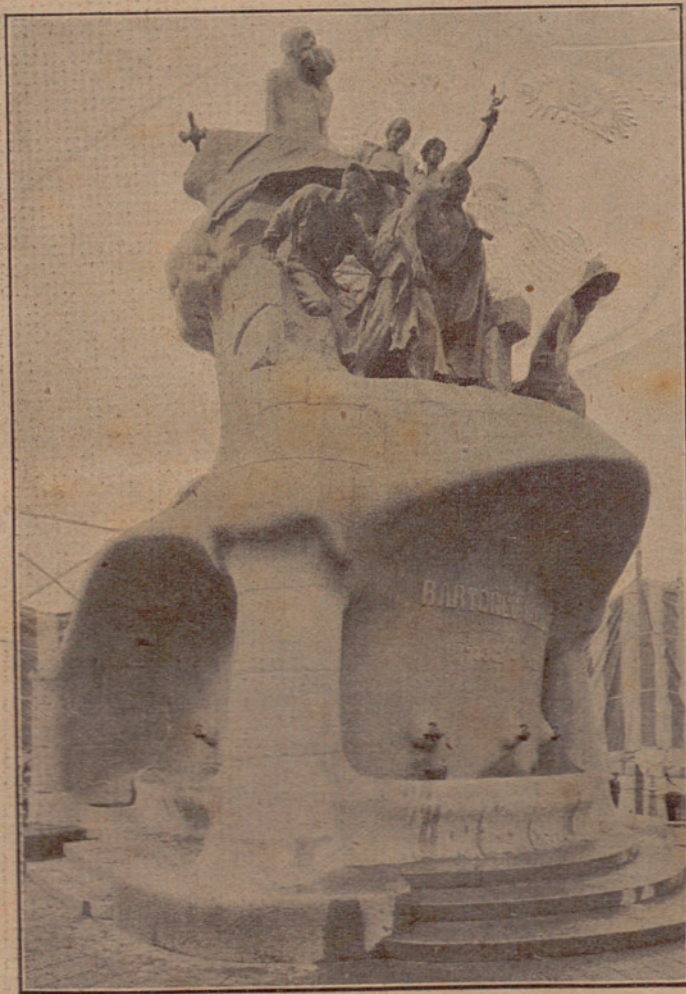
Es verdad que entretanto surgen y adquieren intensidad peligrosa los conflictos entre el capital y el trabajo; es cierto que la miseria arroja de España á millares de familias, por cuya razón quedan yermos los campos, antes fértiles, y arruinadas industrias que debieran disfrutar de vida holgada; pero esto ¿qué importa? Entretanto disfrutamos de un escándalo diario mientras hay sesiones de Cortes y nos enteramos de que hay oposiciones que en el escenario atacan rudamente al Gobierno y entre los astidores son sus mejores amigos.

Por tales caminos se llega al bienestar, á la emancipación económica sistema Lerroux; pero lo que es á la prosperidad del pueblo no se llegará nunca.

Con tan buenos propósitos como dice Canalejas que le animan y con tanto patriotismo como dicen que tienen los diputados, veremos que problema trascendental se resuelve ó qué ventaja nacional se alcanza.

Y veremos también si el pueblo acaba de abrir los ojos y se convence al fin de que promesas y alardes de amor no son más que cuentos tártaros que distraen el hambre, sin satisfacerla, y que pueblan la imaginación de fantasmas que no pasan de ser sombras sin realidad posible.

No es así cómo se trabaja por la dicha de un pueblo honrado que puso sus destinos en manos de los que lo tomaron por instrumento de pasiones insanas y de ambiciones bastardas; pero no será la culpa de otro que de él mismo, si sigue levantando altares de oro á ídolos de barro.



Monumento erigido al doctor Bartolomé Robert en la plaza de la Universidad

Las sesiones de las Cortes y la moralidad administrativa de los lerrouxistas en nuestro Municipio encierran las enseñanzas suficientes para que un pueblo sepa orientarse, trazándose un programa y formando el propósito de no aceptar como colaboradores a los que no tienen otro fin que el medro, ni abrigan otros propósitos que los de su emancipación económica.

SOLFANELLO.

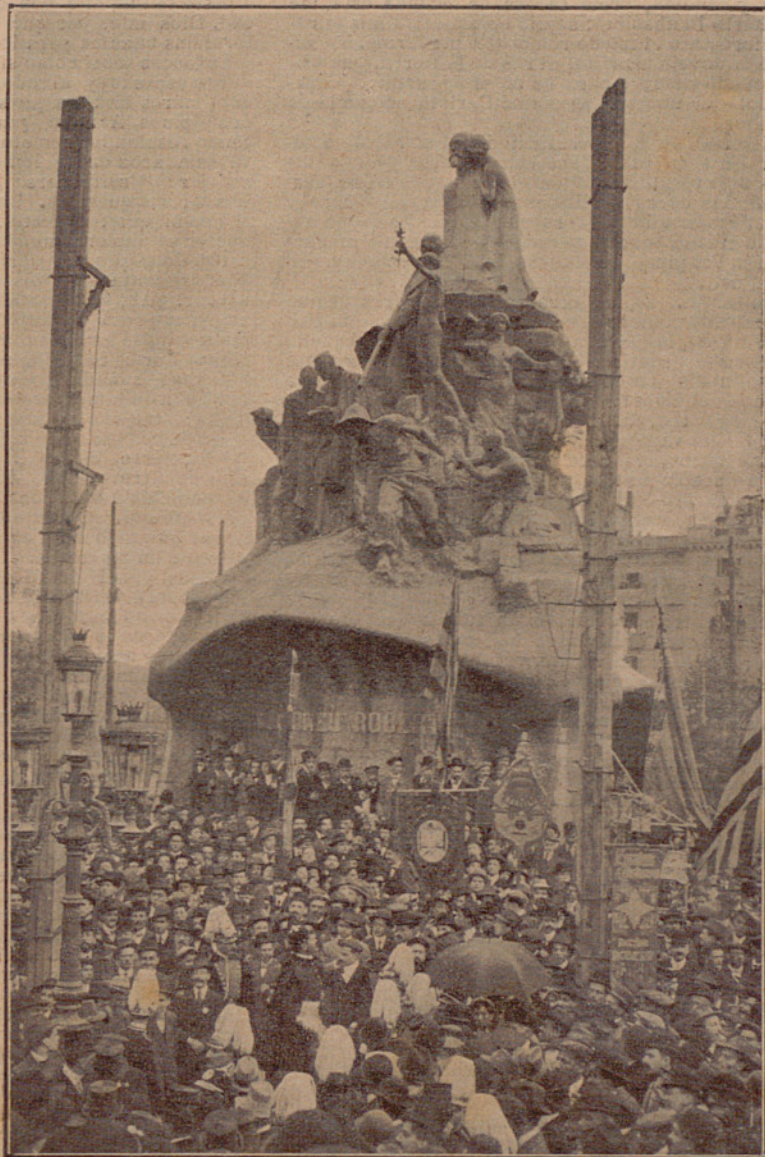
EL PUENTE

Quiero dejarlo escrito para el comentario de los investigadores futuros. Para la discusión apasionada que en años por venir, cuando haya arrojado la ciencia algunas gotas más de luz sobre el misterio, se ha de encender de juro en vetustas asambleas de calvas rutilantes a propósito de este caso enigmático, torturador que hoy me obsede hasta abrasar mi vida en su sola llama.

Sonriendo he escrito estas dos palabras: *Mi vida*. Porque ¿es que hablo acaso de un hecho positivo y tangible como el de esas innumerables vidas que cantan ó claudican á lo largo de la acera bullente ó en lo hueco de los tranvías, bajo esta misma ventana que toco ó creo tocar, que he abierto hace un minuto con ruido que mis oídos percibieron claramente?...

Veréis... No he querido hasta ahora comunicarlo á nadie. Por lo pronto, mis hábitos actuales son los mismos que mi cuerpo cultivó siempre en aquella existencia indudable y lejana que duerme del otro lado del drama horrible. Como, saludo, sigo las modas, aprieto una cartera bajo el brazo tembloroso no sin temor á que se reblandezca de súbito y me envíe al rostro su hedor de sepultura. Mi equilibrio, creedlo bondadosamente, preguntado á mis amigos, mi equilibrio no ha padecido un ápice... Bien se entiende que no lo he referido á los médicos. Apostaría á sus sonrisas piadosas. á sus dictámenes proféticos: reposo, huelga de lecturas, un paréntesis inerte, vegetal, en mi actividad pensante... Y, con todo, la duda subsistiría, y la misma pregunta habría de martillar en mi cerebro ó en mi foco de pus... Hela aquí: «¿Estoy vivo ó estoy muerto?» Enorme, enorme, ¿verdad?

¿Cómo fué que empezó?... ¡Quién sabe! Imagino que me he ido muriendo poco á poco, desde mi verde niñez, desde aquella tarde sombría en que á vuelta del colegio sentí torpe la lengua y el paso medroso. El oval espejo tallado de mi abuelo me devolvió una imagen livida y gesticulante y caí fulgurado sobre el mármol, la boca borrada por una espuma verdosa... Por fortuna, pasó prontamente... Y así las veces



Acto inaugural del monumento al doctor Robert

sucesivas... Pero en la consulta del doctor se inquirió sobre la vida de mi padre, ya entonces muerto. Algo raro, enigmático, se diagnosticó: sólo me quedó fija una frase lenta, apoyada con una mirada perforadora por sobre los espejuelos: «Pudiera ser... pudiera ser un candidato á la catalepsia...» Sospechando vagamente el sentido de aquellas palabras, experimenté entonces un leve placer, el placer de poseer algo extraordinario... Más tarde leí en un libro de Patología, buscado quizás por la sugestión venenosa de sus láminas cárdenas, que esta suerte de accesos, generadores de magna tensión nerviosa, solían también resolverse en una muerte fulminante. Esta vez refí intempestivamente refí para reaccionar del calorío que como una hoz helada cortó mi cuerpo...

Con todo, fuí feliz. Mi juventud fué besada por toda la teoría de dioses amables que otorgan los dones. Una tía, arrugada y vivaracha como un hada caduca, puso un hermoso rubí en mi dedo anular; y por él ví la vida como un vasto panorama rosa. Al cabo comulgué con las cálidas hostias de Eros; y hasta el Amor vino á mí domado y sin flechas. Una joven,

rósea y cándida, prometedora de fecunda cría, me amó hasta lo absoluto; siguió enloquecida mis miradas; lloró ante el miedo remoto de perderme. Yo saboreé la novela sencilla, al ras de la tierra, que había soñado siempre para mi mesa hogarina... Cambiándola el nombre la llamé Carlota, como la de Werther.

¿Hice mal en no advertirla de mi carcoma ocular?... En todo caso debe considerarse que ya las crisis me otorgaban largos eclipses, que el optimismo de las energías físicas nació con el hombre y perduró más allá de la serpiente, que yo había ahelado mucho aquella paz junto a una gran muchacha hija del pincel de Rubens, que estaba enamorado, en fin...

Una tarde.. Sí, fué otra tarde, en la frescura de una calle de comercio, cuando terminó mi vida palpable y real, la que confieso indiscutible... Aquella tarde volví a sentir sobre mi pecho, en la garganta estrangulada, en mis manos que se contraían, la llamada del viejo tirano, ávido de compensarse de una larga tregua. Pero esta vez fué definitiva. Guardo una vaga memoria de que me desplomé sobre un coche, balbuceando mi dirección... ¿Cómo subí a nuestro piso? ¿Cómo lo dije a mi mujer?... No me doy cuenta ó tal vez lo he dejado en las brumas de una memoria podrida. Sólo guardo clavada la sensación de descoyuntamiento, la horrible sensación del espinazo curvado hacia atrás... El fantasma del libro de Patología, abierto por la página reveladora, danzaba ante mis ojos...

Luego entre el revoloteo de faldas que crepitan en las escaleras, entre las ondas intensas del éter, tal vez una hora, tal vez muchas horas después, comencé a comprobar un aflojamiento benéfico de los músculos tirantes, una atenuación grata de las visiones externas... ¿Sería la vida volviendo ó la muerte llegando? ¿Cómo saberlo!...

De pronto una mano tomó la mía inerte y una cabeza horrenda se posó sobre mi corazón. Era el doctor, era la solución... Las canas ásperas, verdosas, barrieron suavemente mi barbilla... ¡Ah!... Desventurado... La horrenda cabeza tambaleó con desaliento.



Bartolomé Robert en 1849

Reproducción de un cuadro al óleo

¡Esto se fué, dijo con sencillez académica. (¿Por qué, Dios mío, por qué se emplearán siempre las fórmulas banales para los momentos solemnes?)

Entonces sentí como si atravesara nubes, muchas nubes espesas y algodonosas, semejantes á las de esos mares blancos que se cruzan en los arduos trenes alpinos. Al cabo —un minuto, una hora?— fué un tenue resplandor remoto; líneas de cosas y hombres se insinuaron en la lejanía y mis pupilas inmóviles volvieron á refrescarse lentamente con la visión de mis formas queridas. Una llamita de esperanza aletoó en mi quietud yerta... ¡Si no fuera verdad, si el doctor se hubiera engañado!... Mi cerebro como por estímulo súbito, se abrió un camino entre las nieblas preguntando á mis ojos que veían claro en derredor. ¡Ah, sí, la catalepsia! ¡La bendita catalepsia, si era cosa de adjetivar!... Quise decirlo netamente, quise gritar su error á aquel infame levitón. No me lloréis todavía, hermosos ojos azules; voces aldeanas, soñadas siempre para mi túmulo, no es hora aun de lamentarme...

Pero otra vez me suspiró más íntima:

—Desdichado, ¿qué sabes tú lo que es la muerte?...

¡Oh, cierto, ciertol... También podría verse con ojos de ultratumba... Acaso si se asistirá en muda expectación á esta loca comedia que acá abajo representamos. ¿Quién lo ha contado? ¿Quién puede negar que todo esto, en suma, no sea el errante cavilar de un muerto?...

Desde aquel punto comenzó mi calvario; esta abrasadora penitencia de la duda que mi historia posterior no ha logrado despejar.

Todo, todo lo he observado con la misma limpia visión que antes. He visto cómo me trasladaban, desmadejado y dúctil, á un lecho blanco, cómo me envolvían en sábanas olorosas á benjuí, cómo depositaron en mi cámara unos candelabros y unas alfombras, cómo al cabo me embalaban en una caja negra donde reían baratijas de plata. Así fui sintiendo la lenta congelación, la que prepara á la frialdad de la lápida, continua, inexorable desde las piernas al vientre. Sobre mi cuerpo rígido vino á posar su cabeza mi pobre Carlota, y aún pude gozar la unción tibia de sus lágrimas.

Tales percepciones me daban la evidencia de mi vida... ¡Tal vez!... Con todo, la vida es la acción. ¿Por qué mi lengua no podía rezar?... ¿Por qué en mis labios no temblaba un beso? ¡Ah, no; muerto y bien muerto estaba!... Afuera lo repetían todos y la fuerza de la mayoría empezaba á convencerme. Un espejo aplicado á mis labios me desahució con su lámina impoluta... ¿Quién hubiera pensado que eso tan simple fuera la muerte, esa pura asistencia pasiva al panorama del mundo!... Mis ojos de muerto comenzaban á sondear la penumbra del misterio...

Pero de aquí arranca el pasaje extraño de esta narración cuya clave hallarán los sabios del futuro. Hacia aquella madrugada ocurrió algo trágico en la alcoba mortuoria. Mi espíritu permanecía aún en su estuche deleznable ó acaso rondaba muy cerca de él. Ved que puedo darme buena cuenta de todo...

Mi mujer—sabéis que me amó sin treguas ni medida—mi mujer no podía conformarse á la idea de mi muerte. Así, netamente. Figuráos que de ello hablaron los periódicos. Mi Carlota, "la última romántica", decidió irse conmigo del mundo—¿á dónde, Dios mío?—y con seguro estoicismo consumó el sacrificio. Fué algo elemental: dé entre los consuelos húmedos de las amigas se desprendió hasta la alcoba mortuoria; me besó en silencio largamente, después empapó furtivamente sus vestidos con un frasco de algo oloroso, tal vez alcohol, y con pausa solemne aplicó á ellos uno de los amarillos blandones ardientes... No pued oprodigar más detalles; una claridad inmensa, un clamor informe, un olor á comidas asadas...

No sé si desde aquel minuto he empezado á soñar. Diré lo que recuerdo... En pos de la negra comitiva que aullaba conduciendo á Carlota, creo que mis músculos rígidos hicieron un esfuerzo supremo para gritar y que mis manos probaron á estirarse hacia los bordes de la caja. Uno de los circunstantes me miró fijamente con ojos que se iban desbordando. Después hubo un leve tacto de codos entre los que avizoraban la desnudez de Carlota,

La reina miró asombrada á aquella intrusa de traje azul, ojos chispeantes y casquito de encaje blanco sobre sus cabellos grises y respondió con dignidad:

—Está visto que no sabes á quién estás hablando, porque de otra manera no te atreverías..

—¡Qué disparate!—interrumpió el hada—. Esos aires de gran señora poderosa están fuera de lugar tratándose de mí. Bien sé que tú eres la reina de estas tierras, pero un soberano no vale absolutamente nada en mi presencia. El cargo que yo desempeño es el más sagrado de todos. A mí me ha sido confiado el porvenir de la raza humana. Yo velo por la generación que se alza. Yo soy el hada de los niños, la que envía las cigüeñas á las madres, y yo te prohibo..

El hada tuvo que interrumpirse. Porque en cuanto supo la reina quién era la que estaba delante de ella, olvidó todo su orgullo y se echó á los pies del hada, le abrazó las rodillas y le suplicó:

—¡Hada querida! ¡Hada buena de los niños, dadme un hijo!

El hada miró pensativamente á la reina un momento y después la levantó con bondad, diciéndole con una voz mucho más suave:

—No, querida reina. No puedo concederte lo que pides.

—Pero, ¿por qué, hada querida? ¿Por qué se me niega á mí una felicidad de que puede disfrutar la más humilde mujer entre mis súbditos?

—Los niños no dan solamente felicidad; dan también pesares, querida reina.

—Estoy muy dispuesta á sufrir los pesares, hada querida. El hada estuvo meditando un rato. Después dijo:

—Espera. Voy á ver si puedo hacer algo por tí.

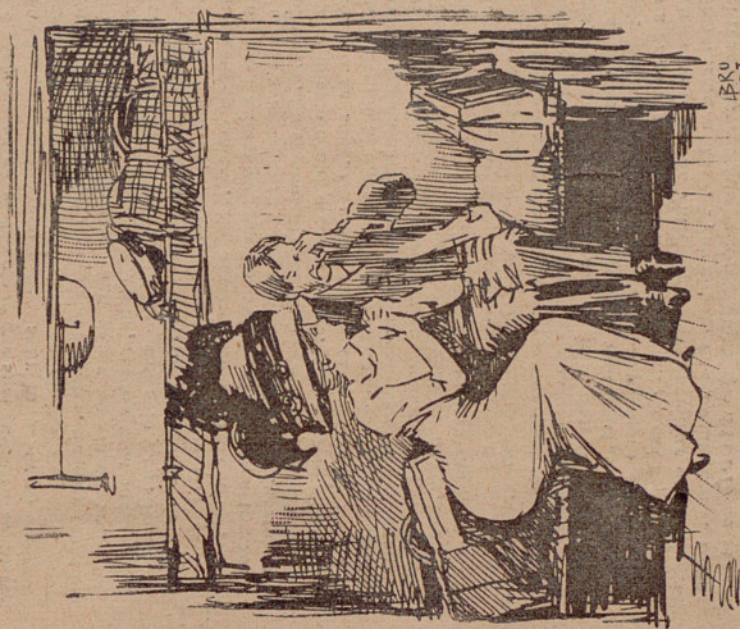
Y, acercándose á la reina, la miró fijamente murmurando: —¡Cómo! ¡También tiene ella el hilo del corazón! Pocas veces lo he encontrado en las reinas.

—¿Cuál es el hilo del corazón?—preguntó la reina con curiosidad y un tanto ansiosamente.

—¿Nunca lo has visto?—preguntó á su vez el hada de los niños.

—No—dijo la reina—. No sé qué es eso.

traje de seda liberty, un temblor de miedo y asco brotaba protaba para herirme.. (Las mujeres, y, sobre todo las mujeres modernas—, las que aprenden un poco de literatura en los libros y otro poco también en sus amantes—, admiran á los asesinos. Son capaces de amarlos. Los defienden. Y hasta los proteden.. Pero ¿á un ladrón? ¡Jamás!... Ni lo perdonan).



PRU
NET

—Sí, señora. He estado preso por ladrón. En Pisa existen para mí tres maravillas. 1.^a, la torre inclinada; 2.^a, el cementerio, y 3.^a, la cárcel, la policía, la *chestiva* ..

Mi amiga me miraba ya con ganas de irse. Me miraba con un silencioso desprecio que me lastimaba. Tuve que continuar:

—En Europa, y especialmente en Italia, existen ciertos vagones de ferrocarril divididos en pequeños compartimentos, aislados entre sí. De modo que si el pasajero se introduce en uno de ellos, no puede salir ni pasar al contiguo hasta que el convoy se detiene en alguna estación. Cada compartimento consta de ocho asientos. Cuando todos los sitios están ocupados es fácil hacer un viaje entretenido. Se conversa. Se discute. Y, en fin, resulta más alegre aburrirse con charla y mutamente que solo y en silencio. Lo molesto y peligroso está en viajar de noche dentro de aquellas jaulitas, teniendo por compañero á un pasajero á quien no se conoce. No hace mucho ocurrió que un rico industrial italiano viajaba en uno de esos compartimentos. Viaaba solo de Niza á Génova, llevando una fuerte suma de dinero. Se supone que en alguna estación de tránsito subió al mismo coche otro individuo. ¿Qué ocurrió en el camino? No se sabe. Lo cierto es que el cadáver del industrial fué recogido al día siguiente, á un costado de la vía férrea. Tenía varias puñaladas en el pecho. No se le encontró ni dinero, ni alhajas... Se trataba de un crimen cuyo móvil fué el robo. El asesino, una vez consumado el delito, arrojó el cadáver por la ventanilla, sin que nadie lo viera, pues era de noche. Se salvó impunemente.

Fué tan grande el espanto que produjo este crimen, que muy pocas personas se animaban á viajar en los coches de salones aislados. El que se animaba era un héroe... Las mujeres temblaban. Antes de subir al tren ya se veían descuartizadas y arrojadas por la ventanilla, en pedacitos... Por ningún dinero del mundo, un pasajero consentía en viajar con otro á quien no conociera... En esa época estaba yo en los baños de Viareggio. Para cambiar de residencia decidí irme á Pisa. Y, en efecto, una noche resolví tomar el tren nocturno que pasa por Viareggio á la 1-15 de la madrugada. La estación estaba vacía. El frío era intenso. Al

taban más irritadas todavía y se quejaron á su hada de que ya no podían volar tranquilamente por los dominios de la hermosa y joven reina porque que les asustaban siempre con gritos repentinos y con redes que les echaban, á tal punto, que era casi un milagro que no dejaran caer los niños que llevaban. Además, esos ataques perversos molestaban también á los niños, que á veces se ponían á llorar, lo que les hacía abrir la boca y el aire helado de la noche podía entonces enterrarlos.

El hada de los niños oyó las quejas de sus aves mensajeras con las cejas fruncidas y resolvió averiguar bien las cosas. Salíó, pues, con las cigüeñas, que emprendieron el vuelo al ponerse el sol, y, en cuanto cruzó las fronteras del reino de la hermosa y joven reina, vió en las cumbres de las montañas y en las copas de los más altos árboles un gran número de cazadores que, con redes en las manos, acechaban á las cigüeñas. Lanzándose entonces, rápida como un águila, sobre uno de ellos, lo asió de los hombros y le dijo con voz terrible:

—¡Hombre perverso! ¿Por qué mortificas á mis cigüeñas? El cazador se asustó de tal modo que con toda seguridad se habría caído del árbol donde estaba, si el hada no lo hubiera sostenido. Soltó su red y respondió temblando:

—Porque me lo han ordenado.

Y el hombre contó que estaba cumpliendo las órdenes de su reina, y que ésta estaba muy enojada con ellos porque, después de estar en acecho toda la noche, aparecían en su palacio á la mañana siguiente sin cigüeña ni niño alguno.

El hada de los niños ordenó entonces al asustado cazador que abandonase su puesto inmediatamente, que se marchase á su casa y que previniese á todos sus compañeros que en adelante tenían que deitar en paz á las cigüeñas si estimaban en algo sus vidas. El hombre obedeció y á la mañana siguiente, en vez de los cazadores, apareció en el castillo el hada de los niños, que entró directamente en la cámara de la reina y, sin saludarla siquiera, la dijo con voz dura y entrecuje fruncido:

—¿Qué es lo que te has propuesto al ordenar á tus cazadores que cacen á mis cigüeñas cuando pasan llevando sus crías?

cuya belleza gemía profanada. Todas las pupilas fueron clavándose en las mías y algunos hombres retrocedieron. Una mujer, al fin, echó sobre mi rostro un pico del sudario; y entre el hormigueo de la sangre rediviva, entre la rebelión de las manos que querían aplaudir y de los ojos que querían llorar, sentí cómo unos brazos temblones levantaban mi ataúd y lo transportaban á otra cámara. Y la vuelta á la vida, no tan tenue y blanda como el viaje á la muerte, fué en una jornada de lágrimas, puras como hasta entonces no las había derramado...

Cuando pude ver á mi pobre heroína, ya sus ojos se habían cerrado á mi dicha. Con el sol aún de rosa la transportamos á la caja sombría que yo había abandonado. Los mismos cirios iluminaron su lividez, y los diarios de la tarde anunciaron su entierro como los de la mañana habían invitado al mío. Lloré sin descanso varias horas. Fuera llovía cómo llovía, Dios santo!...

Poco á poco, por detalles aislados, me iba formando la conciencia de que vivía de nuevo, todavía sin atreverme á jurar que no me hubiese muerto nunca. De sobre el féretro de mi Carlota tomaba y veces una flor—de mis flores—y á modo de comprobación aspiraba su perfume, acaso con un deleite que en aquel instante me hubiera sido triste confesar...

Pero he aquí que toda mi torre de espaldas se desplomó horas más tarde con la luz embrujadora del crepusculo, ante una simple interrogación, misteriosamente formulada por alguien que se cogió á mi brazo un segundo, mientras seguíamos entre los cipreses la negra caja suntuosa:

—¿Es que usted está seguro de no ser el muerto?

¡Diablo! Era una voz conocida, casi puedo afirmar que era la del médico horrendo que horas antes certificó mi muerte. Pero al volver el rostro me encontré solo, á muchos pasos de un grupo que comentaba la última nota política. Súbito, sin tener con que negar la verdad asentada en aquel certificado fehaciente, me doblé como bajo una maza, vencido por la lógica aplastante de la pregunta.

Ciertamente. ¿De quién podía ser aquel ataúd sino mío?... Concurría á mi entierro como antes había asistido á mi casorio. Por lo menos, la única muerte natural, comprobada, vista por ojos de humano vivo, era la mía. La otra, la tragedia roja de mi mujer se había desarrollado ante mis ojos de muerto y, aunque luego mis manos palparon el extraño suceso, todo esto había tenido su arranque en mis primeras sensaciones de ultratumba. Ergo, justo es que fuera la continuación de un extraño espejismo de "esa región de donde ningún viajero ha vuelto,,"

Quise aun, con loco deseo de asirme á la vida, coordinar y poner de relieve firme toda la serie de menudos hechos que en aquella mañana me habían testimoniado mi existencia real... La felicitación contenida de una Comisión obrera, el pésame sospechoso de mi prima, el sastre que me improvisa un luto barato, el tío del campo... Pero todos, destacados ó juntos, acusaban un lamentable ilogismo, una

enorme inverosimilitud. Inadmisibles. Mis métodos filosóficos de interpretación se rebelaban. ¡Inadmisibles y ridículos!...

Mi espíritu sonrió penosamente en aquel ocase al desaparecer el ataúd en el hueco de la tierra, rayada y lustrosa por los golpes del zapapico. Mi mano—seguramente la mano de algún pariente á cuyo espíritu se acopló por un minuto el mío errante—devolvió muchas veces el estrechón ceremonioso y medido del dolor urbano.

En lo adelante debía rodar desorientado por este puente sin estribos, infinitamente suspendido entre la vida y la muerte. Ambas orillas se dibujan bien lejos, y sus contornos se estuman. El pobre examen inactivo me satisface muy mediocremente. Y así, cuando me pregunto por qué no volví á ver desde la noche trágica á mi dulce amiga, no tengo que hacer esfuerzos para contestarme que una negación no prueba nada, ni en este caso puede ser un argumento para jurar sobre la muerte de Carlota.

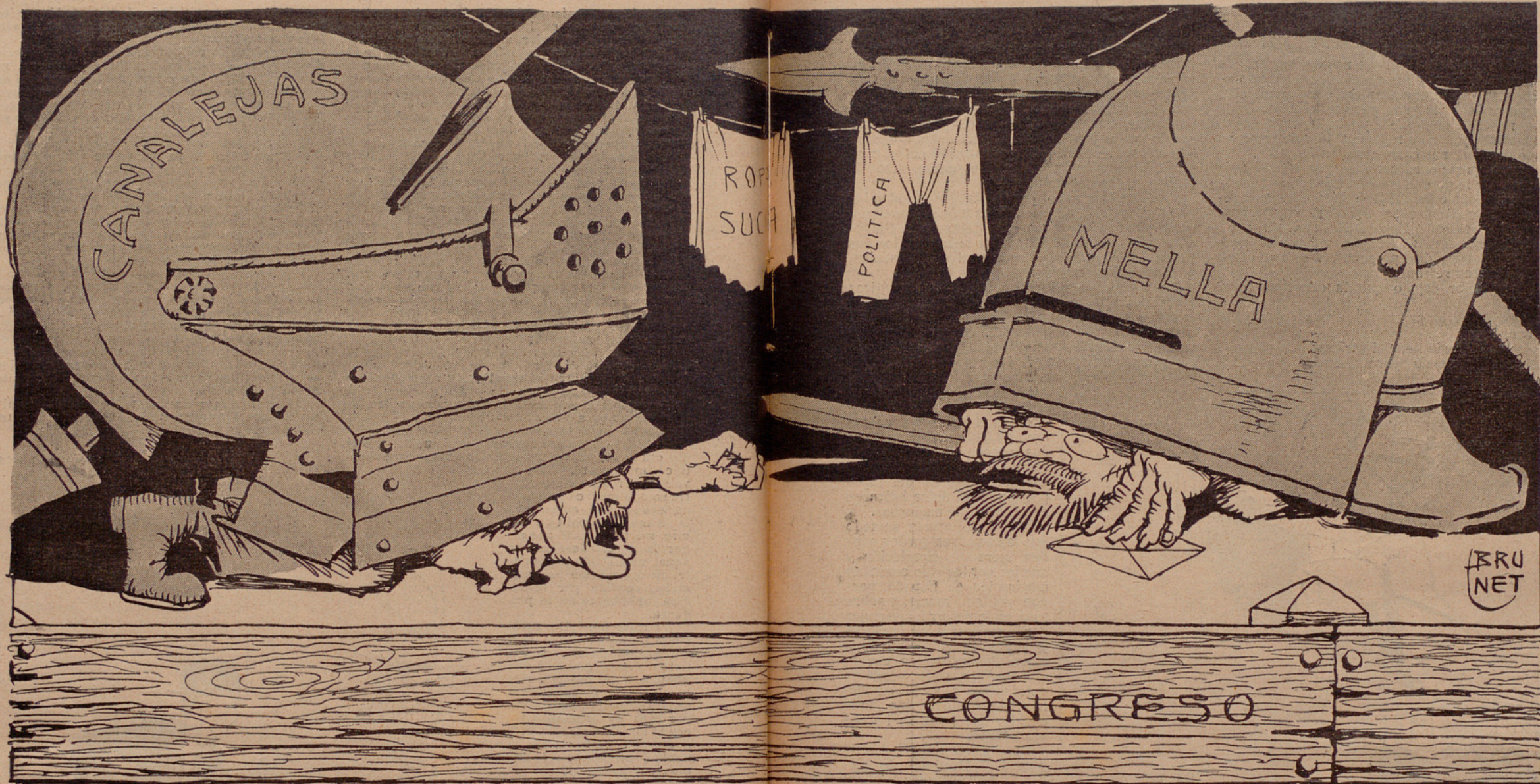
Ved: he escrito todo esto, con tinta y pluma bien terrenales y sobre papel que quedará para los sabios futuros que han de hacer hablar á la Esfinge... Y bien; mi ansiedad queda hirviendo. ¿Quién puede afirmar que no ha sido un puño ajeno, un grueso puño de obrero el que se ha movido galvanizado por mi espíritu inquieto? ¡Y que sus mismos temblores convulsos no son los que me traen una impresión de vida, haciéndome sufrir la alucinación intermitente de que estoy vivo!...

¡Oh, creed que es un puente dantesco!... Si al menos pudiera saltarse por sobre el pretil y no estar ni vivo ni muerto...

JESÚS CASTELLANOS.



—¿Usted por aquí, don Toribio? ¿Viene para embarcarse?
—¡Pues no hace poco tiempo que estoy embarcado!



En amenazas = el tiempo pierden; se ladran mucho = y no se muerden.

POR CORREO

CARTA ABIERTA

Mis queridos amigos y colegas:
No envió mi trabajo esta semana porque hay una razón muy poderosa que me impide escribir. Me voy de caza, que es para mí el placer de los placeres, mi dicha, mi ilusión, mi única ansia, porque yo no hallo goce como el goce de recorrer llanuras y montañas persiguiendo la liebre fugitiva, que, en su carrera, hacia la muerte avanza, porque todos sabéis, amigos míos, que donde pongo el ojo va la bala.
Yo soy un corredor infatigable que, una vez en el campo, no descansa

y en cuanto ve un conejo su escopeta automáticamente se prepara.

Yo me olvido de todo cuanto existe una vez en mi puesto, hecho con ramas, cuando escucho el rumor de la jauría apenas por Oriente asoma el alba y por doquier escucho los disparos que a perdices y liebres amenazan y de las cuales son pocas, muy pocas las que, por suerte, del peligro escapan.

No os podéis figurar lo que yo gus-
to cuando veo que ruedan á mis plantas perdices y conejos en los cuales hice con mi escopeta filigranas.

No os podéis figurar con qué embeleso, con qué placer, que á lo sublime iguala, contemplo el cuadro que ante mí se ofrece en que corre la sangre á cataratas.

Yo no sé lo que tiene, amigos míos, la vista de la sangre, que me inflama y me hace exclamar: ¡Más, venga más san-
gre!

¡Por algo dicen que me estima Maura!

Juro que me enamora el automóvil, con el cual realicé grandes hazañas; soy ferviente ciclista y he probado lo que puedo correr sobre mi máquina; soy para los amores una fiera, como así lo demuestran mis campañas, y os puedo asegurar que á mí me gustan

mucho, más que dos feas una guapa; soy para los pichones inocentes, lo mismo que fué Maura para España, y en cuanto uno me ve con la escopeta, como yo le dé tiempo, ahueca el ala.

Pero el auto, la moto, los pichones y hasta las hembras, que por mí se abrasan ante una cacería en cualquier parte son para mí una cosa secundaria.

No me habléis de emigrantes ni de huelgas, que esas noticias ¡ay! mi vida amargan; habladme de conejos y perdices, de escopetas, de perros y de caza si queréis verme alegre y satisfecho; si queréis, como creo, viva en calma, que todo lo demás me importa un rábano aunque haya quien furioso me combata...

MANUEL SORIANO.

LOS GORDOS

Con la autoridad que me dan mis *ciento diez kilos* de carne (no se dirá que no soy hombre de peso) voy a hablar de un asunto al que se da mucha importancia en el extranjero y que aquí sólo se toma en boca para risa y cuchufletas.

Me refiero á la gordura y á los gordos, cuyas tribulaciones pasan de raya, con la agravante de que no despiertan la conmiseración de nadie.

Dejando aparte el carácter morboso de la gordura, porque la gordura es una enfermedad (poli-zarcia, predominio del tejido adiposo), los españoles han creído siempre que una persona que está de *buen ver* realiza el tipo de la hermosura y de la salud. Tener el *riñón bien cubierto* es la pesadilla de innumerables personas. Por eso entre nosotros corren refranes como estos:

No hay mejor espejo que la carne sobre el hueso.

A la mujer y á la mula por la boca, le entra la hermosura.

La mejor botica la tiene el carnicer
Mujer delgada la doy por nada.

Huesos y pellejos para los viejos, etc., etc.

Para un español una mujer *melida en carnes* es un bocado apetitoso. Y aquí decimos que una mujer está *redondeada* cuando está hecha ya una vaca suiza ó una yegua normanda. «No quiero bacalaos», suelen decir los jóvenes cuando se les señala una mujer delgada. Las llamadas *jamona*s han tenido siempre gran aceptación entre nosotros, no por lo que tienen de *jamón*, sino de grasa y exuberancia de formas.

Y es que el español, contra lo que señalan los rectos principios de estética, es más aficionado á la línea curva que á la recta. El Apolo de Belvedere y la Venus de Milo, que encarnan los dos tipos de la belleza plástica masculina y femenina, no tienen ni barruntos remotos de gordura.

No, los gordos son feos y muy poco simpáticos á la vista. Aunque sean el colmo de la finura y de la cortesía, siempre parecen *ordinarios*. Manuel Bueno escribió en cierta ocasión que, fuera de Guillermo Rancés, no había ningún hombre gordo con gracia en España. ¡Adiós, retrechero! ¿A qué gracia se refiere Bueno? ¿Al *sprit*? Esa puede tenerla todo el mundo. ¿Al ritmo cadencioso en el andar y á contoneos de bayadera? Los gordos carecen de este adorno; cuando más, imitan algo los ademanes *suaves* del hipópótamo ó el dulce balanceo de un carro de mudanzas.

Por tanto, queda sentado que los hombres gordos quedan fuera de circulación y que las gordas sólo cosechan admiración en España, porque ¡ay! en Francia, y sobre todo en Inglaterra, una mujer gorda espanta á los hombres y huyen de ella como de la peste. Y téngase en cuenta que aquí por mujer gorda no entendemos un par de colchones sin bastas, sino toda aquella que pasa de los sesenta kilos.

Hace poco tiempo dos tipes muy afamadas de Madrid, y muy aduladas de aquel público por ser unas hembras de bastantes libras, se fueron á París y se presentaron en un *music-hall*, esperando que los franceses se quedarían embobados al verlas tan *rellenas*. Pero no sólo se quedaron sin un aplauso, sino que los hombres se marcharon apenas las vieron, y las *cocottes*, que se mueren de hambre por no engordar, decían:

— *C'est dégoûtant. Cela sent á la saucisse...*

Las pobres se volvieron á Madrid indignadas del mal gusto de los franceses. No, nuestras simpáticas amigas la Guillén y la Julia Gómez, que están hechas un róllo de man-



Entrada triunfal de Vinalxa en su tierra

lo menos, un hijo. Porque, aun cuando estaba casada desde hacía varios años, en vano había suspirado siempre por conocer los goces de las madres.

La reina no tenía ya madre, pero conservaba aun á su nodriza, una mujer buena y sensata. Y un día preguntó á esta mujer:

—Dime, nodriza, ¿no viene nunca á mi país la cigüeña?

—¡Oh, sí, mi hermosa reina!—respondió la nodriza—. Viene de todos los días y todas las noches, probablemente.

—¿Y por qué no entra en mi palacio?

—Eso no lo sé, mi querida reina. No lo sé, aunque soy muy vieja.

—¿No te parece bien que haga cazar una cuan lo pase volando por mis tierras?

La nodriza meneó recelosamente la cabeza.

—No os aconsejaría semejante cosa—respondió—. He oído decir que cuando la cigüeña se asusta deja caer el niño que lleva en el pico y la pobre criatura aparece después con sus miembros rotos y muerta. Vos no tendríais nada, entonces y la madre que estaba esperando ese hijo tampoco.

La reina no pudo replicar nada á esto. Pero no renunció por eso á la idea de quitarle un niño á la cigüeña si ésta no se lo traía voluntariamente. Y mandó á sus cazadores que trepasen todas las noches con redes á los tejados de las casas y á las cimas de los campanarios, á las copas de los árboles y á las cumbres de las montañas y que se apoderasen de la cigüeña que llegase á pasar al alcance de sus brazos llevando un niño. Pero les ordenó también terminantemente que no asustasen al ave, ni la maltratasen y, sobre todo, que tuviesen cuidado de que el niño no se lastimase.

Los cazadores obedecieron el mandato de la reina y, noche tras noche, fueron á ponerse en acecho en los tejados de las casas, en las cimas de los campanarios, en las copas de los árboles y en las cumbres de las montañas. A la luz de la Luna y de las estrellas veían muchas cigüeñas que pasaban volando con niños en sus picos; pero ninguna se aproximaba lo suficiente para caer en las redes que ellos les tendían; de modo que los cazadores bajaban siempre de sus altos puestos con las manos vacías. La reina estaba, pues, muy disgustada con ellos por su falta de destreza. Pero las cigüeñas es-

rato de llegar oyóse el silbato de la locomotora. El tren apareció. Se detuvo unos cuantos segundos y yo, medio dormido, apenas tuve tiempo de abrir la portezuela de un compartimiento y dejarme caer sobre el asiento. El convoy se puso en marcha. A la luz amarillenta y débil de la lamparilla vi que no estaba solo... Había una señora. Apretaba entre los brazos un paquete y me miraba con pupilas de loca. ¡Qué ojos! Furiosos... ¿Y los dientes? Le temblaban... Para tranquilizarme, le dí las "buenas noches". Frente á aquella mujer sentí, lo juro, un miedo horrible... Su aspecto era el de un perro con rabia. ¡Imaginése usted, señora, qué bonito debía ser ese viaje en compañía de un perro rabioso! El tren corría desesperadamente... Con el fin de examinar mejor á mi enemiga, quise limpiar mis lentes. Eché mano al bolsillo zaguero de mi pantalón. Al hacer este ademán, la mujer lanzó un grito tan espantoso, tan salvaje, tan bárbaro, que toda la sangre de las venas se me marmolizó... Al mismo tiempo, ya sea porque el combustible de la lamparilla fuera escaso ó porque el movimiento del tren apagara la mecha, lo cierto es que la única luz que iluminaba el compartimiento se extinguió...

En la oscuridad, yo proseguía inmóvil, frío, helado de pavor. En cambio, la mujer lloraba, gritaba, se revolcaba, pedía socorro, rompía los vidrios, se echaba á mis pies, se arrastraba por el suelo y me decía:

—¡Por favor, señor, no me mate! Tengo seis hijos, todos pequeños... ¡No me mate! ¡No me mate! Yo le daré todo lo que tengo. Vea, son ochenta lirras... Tómelas todas. Le juro que no tengo más... Tome también mis anillos. Mis aros... ¡Pero no me mate!

Me empapaba las manos con sus lágrimas. Yo oía, á pesar del murmullo del tren, el rumor de las monedas al caer... En la sombra, yo adivinaba la presencia de la pobre señora que se revolcaba, echándose encima, con sus gritos, su dinero y sus joyas.

—¡No me mate!—me decía—¡Socorro! ¡Ladrones!

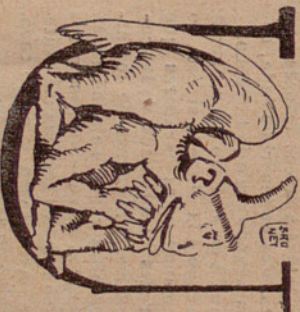
Cuando sus alaridos eran más estridentes, el tren se detuvo. Yo sentí que los huesos se me evaporaban... Estábamos en Pisa. Las vociferaciones de la mujer retumbaron entonces en el silencio del andén, con un eco macabro: ¡Socorro! ¡Me matan! ¡Ladrones!

Se abrió la portezuela. Aparecieron los guardas. Detrás vino una nube de pasajeros de los otros coches. El jefe de estación, la policía. Los carabinieri. ¡Uff!

Yo temblaba, sin poderme mover. No podía hablar. Mi lengua estaba parálitica. ¿Cómo negar mi culpa? Era inocente. Pero... En el suelo y sobre mis faldas, había dinero desparamado; una cartera abierta; anillos, aros, y aquella mujer con las ropas destrozadas, el cabello suelto y gritando: ¡Padrones!... Todo me delataba. (La inocencia no vale nada si carece de pruebas...) A empujones, los carabinieri me sacaron del tren. Bajo los insultos y las bofetadas del público, me llevaron á la policía. Allí pasé quince días de amarga tristeza. Gracias á la intervención diplomática—, como extranjero—, me pusieron en libertad. Más tarde, la mujer que me acusaba, se tranquilizó. Tuvo que confesar que al verme subir en su compartimento, precisamente cuando estaba sugestionada por el asesinato del industrial de Niza, había sufrido una especie de enajenación; algo de locura, un estrabismo histérico... La coincidencia de la luz que se apagó de pronto y el ademán que yo hice en busca del pañuelo, contribuyó á que se creyera víctima de un ladrón asesino... Ya veis. Fué así, señora, que estuve preso como ladrón en Pisa...

JUAN JOSÉ SOIZA REILLY.

EL HILO DEL CORAZÓN



NA vez, en un antiguo palacio situado á la orilla del mar, vivía una hermosa y joven reina, más rica y más poderosa que cualquier otra de las que había en los demás países, cerca ó lejos de allí, y del otro lado del mar. Era dueña de muchos grandes navíos, que le traían de las colonias más remotas del globo cosas preciosas de todas clases. Poseía ciudades y castillos, tierras y rebaños y todo lo que el corazón puede desear. Tenía casas de monedas que acunaban el oro extraido de sus minas, molinos que molían el trigo de sus campos, y en sus hornos se quemaba la madera de sus bosques, y la tela de sus ropas se tejía con la seda que producían sus gusanos de seda y con la lana que daban sus ovejas; y, cuando quería divertirse, los bufones que tenía en sus propios dominios la hacían reír bastante. Sólo una cosa le faltaba para ser completamente feliz: hijos... ó, por

teca, no les harían caso; tendrían en París muy poco *succés*.

—¡Qué hermoso está ese niño!—decimos á una madre cuando á una criatura se le sale el sebo por los ojos.

—¡Mire usted qué alhaja!—exclama orgullosa una mujer enseñando una criatura que está á punto de reventar.

Encontrarnos en España á un amigo ó mujer y decirles:

—Le encuentro á usted más delgado. Ha enflaquecido usted, es casi un insulto y una grosería. Lo que halaga al español neto es que le digan:

—¡Qué atrocidad! Pero, ¿cómo se ha puesto usted? ¡Si está usted cuadrado!

Y el aludido sonríe con orgullo, saca el abdomen hacia fuera y contesta:

—Más vale tener que desear.

En Francia se tolera la gordura masculina *por ahora*; pero no transigen con las mujeres gordas. Ya puede ser una gran belleza y una real hembra, como decimos por acá, que si las curvas son algo pronunciadas se queda en el mayor abandono. En Inglaterra no puede ser gorda una persona que se estime en algo. Se hace por todas partes una guerra formidable á la grasa humana. De aquí el *cricket*, *golf*, *foot-ball*, *hokey*, la natación, equitación, masajes, baños rusos, el régimen llamado *seco*, el abuso del té y el pan tostado. El régimen en boga entre los ingleses y que dicen que deja reducido á mojada al gordo más mantecoso es el que sigue:

Dormir sólo cinco horas y en cama dura.

Un baño diario á 38 grados y que dure media hora.

Masaje general.

Desayuno: una taza de té y una onza de pan tostado.

Una hora de ejercicio de polea Sandow.

Paseo á caballo al trote ó á galope.

Almuerzo: cuatro onzas de cordero frío y cuatro de espinacas. Prohibición absoluta de beber líquido alguno durante las comidas y de comer pan ni dulces.

Paseo de cinco millas por el campo y una hora de esgrima ó boxeo.

Cena: otra taza de té y otra tostada.

Si siguiendo este tratamiento unos meses se adelgaza, si es que antes no se muere el sujeto de hambre ó de inanición.

Realmente el ser gordo es una cosa muy molesta; pero hay regímenes que equivalen á un suicidio. Las espinacas serán una cosa muy rica, pero eso es yendo precedidas de un buen solomillo ó de un pollo asado.

FRAY GERUNDO.



Al discutirse en el Senado el proyecto de servicio militar obligatorio, el obispo de Jaca protestó de que se haga intervenir *sin retribución* á los parrocos en cosas guerreras y profanas.

¡Qué caída la del reverendísimo orador!

Con la inconsciencia con que ejercita todos sus actos ha descubierto el punto vulnerable de la clérigalla: el bolsillo.

Ese *sin retribución* que pronunció en su ataque al citado proyecto no puede ser más gráfico. A la Iglesia la molesta que se haga cumplir á sus *ministros* sus deberes de ciudadanos, sobre todo cuando

por ello no se les remunera.

¿ábe mayor frescura que la de los ensotanados?

Olvidada ya teníamos que la clérigalla cínica no cumple con sus deberes, si el interés no la guía. esto, todos lo sabemos; ¡pero que ellos no lo digan...

Una Comisión de artistas y *demi-mondaines* irá á Madrid á gestionar de los poderes públicos se nombre á Mir y Miró alcalde vitalicio de Barcelona.

Las bellas *damas* están satisfechísimas de la conducta de Mir durante el tiempo que ha desempeñado la Alcaldía.

Entre otras cosas, porque las pesetas que correspondían al afortunado alcalde interino por gastos de representación pasaban íntegras á las portamonedas de las *estrellas*.

¿Y para qué querían ellas más ganga que una Alcaldía vitalicio?...

Después de todo, más vale que aprovechen esa ganga de las cuarenta pesetas las sicalípticas *damas* que no que se las comieran la *Cuadrilla de la gana*, que, al fin, del Ayuntamiento no va á dejar ni las arcas.

La *Colla de la gana* no se da ni un instante de reposo. Aun no ha acabado con el último *tarugo* cuando ya tiende su vista de águila—para el tarugo, se entiende—en busca de otro negocijo.

El último que tenía entre manos era el de los vendedores de carnes de los mercados, á los cuales trataba de sacar unos cuantos miles de duros. Por fortuna, se le ha estropeado la *combina*.

Miedo da pensar lo que hará esa *pandilla* para sacar dinero cuando ya haya agotado los medios á su alcance.

Por lo pronto, lo mejor que podemos hacer los barceloneses es *abrocharnos* y armarnos.

¡Y no exponernos á topar con ellos de noche!

Vinaixa ha vuelto de Valencia mohino y cariacontecido.

Sus paisanos no le han aplicado ninguno de aquellos calificativos feos á que el *fresco* edil se cree acreedor y que con tanta frecuencia ha escuchado.

Porque á Vinaixa le ocurre lo que á la borracha del cuento, que, acostumbrada á las buras é insultos de los muchachos, un día que éstos, compadecidos de ella, la dejaban tranquila, les decía con acento insinuante:

—¡Muchachitos! ¿No me decís nada?

Si, lector, tú pretendes estar orondo y tan fresco, tan fresco como Vinaixa, colócate al momento la *vida* al hombro y procura tan sólo llenar la panza.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 5 de Noviembre.)

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

D. Juan Tenorio.—Jose Zorrilla.

AL TRIÁNGULO SILÁBICO

GE-FE-RI-NO
FE-LI-SA
RI-SA
NO

A LA TARJETA

La Diosa del Placer.

A LA CHARADA VELOZ

Galasparra.

Concurso número 94. — LOS RATONES

Premio de 50 pesetas.



Esos endemoniados roedores han destrozado dos de las páginas del libro que aparece en medio del grabado. Recórtense los fragmentos y únense de modo que se lea el contenido de las páginas rotas. Para que las soluciones den opción al premio es condición precisa que se remitan en la forma indicada anteriormente.

La solución se publicará en el número correspondiente al 10 de Diciembre. Caso de que los solucionistas fueran dos ó más se distribuirá entre ellos por partes iguales el premio de 50 pesetas. El plazo para la admisión de soluciones terminará el día 4 de dicho mes.

Han remitido soluciones. — Al rompecabezas con premio de libros: Mercedes V., María V., Josefa Soler, María Llansá, Alfredo Díaz, Facundo Casanovas, Daniel Salayet, Pepit Mercadé, José Oriol, J. Hernández de Ramos, Jaime Tolrá, Valentín Durand, R. Grau, Baltasar Gispert, R. Elvira Muñoz de la Peña, Antonio Requena, José González, Carlos Elías Piera, Enrique Vilaplana, A. Monmaneu, Un artista, Jaime Caritg, Mariano Poch, José Jové y José Tor y Puig.

Al triángulo silábico: María Balasch, José Triado, Miguel Llorens, P. Soler (Gerona) y Jacint Torrens.

A la tarjeta: Manuel Serrano, Baltasar Gispert, José González, Jacinto Casanovas, Jaime Caritg, P. Soler, Luis Buchosa y José Triadó.

A la charada veloz: María Balasch, Jacinto Torrens, Juan Sistachs y Miguel Llorens.



ROB DEPURATIVO XARRIÉ

40 años de ÉXITO VERDAD

Cura radicalmente y sin molestar ni debilitar al enfermo todas las enfermedades **HERPÉTICAS** (tanto internas como externas), irritaciones de garganta, riñones, escrófula, forunculosis, etc.

*Si queréis conservar la Salud y la Belleza
tomad el Rob Xarrié*

DE VENTA en todas las principales farmacias y grandes droguerías de España y Ultramar.

SUPLEMENTO ILUSTRADO

PÍDASE PARA CURAR LAS
ENFERMEDADES NERVIOSAS
ELIXIR
POLIBROMURADO
AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS

UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito) HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

LA COSMOPOLITA

EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES

FUNERARIA DEL SAGRADO CORAZÓN

ESPECIALIDAD EN ATAÚDES DE LUJO

ANTONIO QUINTILLA

S. en C.

RONDA UNIVERSIDAD · 31

(TELÉFONO 2480)

SUCURSAL: ARIBAU · 17 (TELÉFONO 2490)

· BARCELONA

ARTÍSTICO REGALO

á los que padecen de Neurastenia, Inapetencia, Debilidad, Palpitaciones de corazón y demás enfermedades que reconozcan por base la desnutrición orgánica, comprando al autor seis frascos del poderoso **Fosfo-Glico-Kola Doménech** costarán sólo pesetas 21, tónico-reconstituyente y se regalará una artística maleta metálica, litografiada, de muchas aplicaciones. Muestras gratis al autor, **Ronda de San Pablo, núm. 71.** — *Farmacia premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.*

¡¡Tuberculosos!! ✨ **¡¡Anémicos!!** ✨ **¡¡Neurasténicos!!**

NO DESESPEREIS hasta haber probado nuestro tratamiento especial

CURARÉIS SI NOS CONSULTÁIS Á TIEMPO

CLÍNICA del Dr. CROUS, CARMEN, 56, principal.

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Blancs, 3 bis, bajo.



Concurrentes al acto inaugural del monumento á Bartolomé Robert



Banquete que con motivo de la inauguración del monumento á Robert se celebró en el Prado Catalán